

BIBLIOTECA SELECTA

PARA LOS NIÑOS



LA NINFA
DE LAS AGUAS



CASA EDITORIAL
GARNIER HERMANOS
PARIS

LA NINFA · DE LAS AGUAS



Hé aqui los dos testigos de tu inocencia (Página.42.)

6772
BIBLIOTECA SELECTA PARA LOS NIÑOS

LA
NINFA DE LAS AGUAS

BERTOLDO — LEAL Y DESLAL
LA CAMISA DEL HOMBRE FELIZ
LA CONCHA DE ORO
LA VINA Y LAS VENDIMIAS

CUENTOS DE VARIOS PAISES

TRADUCCION CASTELLANA DE GARCIA-RAMON

Ilustraciones de G. Staal

TERCERA EDICION

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

PARIS

GARNIER HERMANOS, LIBREROS-EDITORES

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6





LA NINFA DE LAS AGUAS

CUENTO ALEMAN

A tres millas de Dinkelsbuhl, en lo recóndito de la Suabia, habia en otro tiempo un antiguo castillo que pertenecia al esforzado caballero Wackermann Uhlfin-

ger, fanático partidario del derecho del más fuerte; que era el terror de la comarca y de los viajeros y traficantes que no habian podido obtener de él un salvoconducto.

Cuando se decia : « Wackermann está en campaña, llega Wackermann, » cundia el espanto por toda la Suabia, refugiábase el pueblo en las ciudades fortificadas, y desde los altos torreones, los vigías señalaban la aproximacion del peligro tocando sus bocinas.

Pero, una vez en su casa, este hombre temido se volvía dulce y hospitalario como un árabe tan luego se habia despojado de su armadura ; era buen padre y tierno esposo. Su esposa era afable, virtuosa y modesta ; quería ardientemente á su marido y conducía su casa con esmero. Cuando su señor y dueño partía de expedicion, no tenía más placer que cubrir su rueca con un lino más brillante que la seda y hacer bailar el huso con ágil mano. Una sola inquietud turbaba su reposo y es que no podía acostumbrarse á los robos de su marido ; aborrecía las riquezas mal adquiridas ; y no sentía la menor emocion al ver relucir á sus ojos las más preciadas telas tejidas con oro y plata. « ¿ Qué me importa ese botín ? decía. Acaso, ¿ no veo las lágrimas, no oigo los gemidos que ha costado ? » Encerraba todos los presentes en un cofre y no les volvía á dar una sola mirada ;

trataba de endulzar la suerte de las víctimas de Wackermann, y á menudo obtenia su libertad con sus



ruegos, y en estos casos, les daba socorros para que pudiesen continuar su camino.

Al pié de la colina en la que se alzaba el castillo, habia un manantial que brotaba en el fondo de una gruta. Segun decia una antigua tradicion, aquel manantial estaba habitado por una criatura sobrenatural. Llámense *nixios* en aquel país á los séres misteriosos que viven ocultos en la soledad y aparecen súbitamente cuando se prepara algun suceso notable. Durante las ausencias de su marido, la castellana dirigia con gusto su paseo hácia este manantial, ya para respirar un aire más puro, ya para entregarse á su tendencia por la caridad léjos de todas las miradas. Recibia á los pobres, dábales, ciertos dias, los postres de su mesa, y llevaba su caridad y su humildad al punto de la santa landgrave Elisabeta, que, con sus reales manos lavaba la ropa de los mendigos en una fuente que, aun hoy dia, lleva su nombre.

Una vez que Wackermann habia tendido un lazo á los mercaderes que regresaban de la feria de Augsburgo, tardó mucho en volver. Su esposa se alarmó y lloró, pues ya creia á su marido muerto ó en poder de sus enemigos. Su inquietud aumentaba más á cada dia que pasaba; á todas horas gritaba al enano que vigilaba en lo alto de un torreón;

— Juanillo amigo, ¿ qué ruido viene del bosque...? ¿ Quién anda por el llano...? ¿ De dónde vienen esos remolinos de polvo...? ¿ Vuelve Wackermann?

Pero Juanillo respondia con tristeza:

— Nada hay del lado del bosque, nada veo por el valle y no se elevan torbellinos de polvo.

La inquietud de la castellana creció de punnto, y cuando se hubo alzado el lucero de la tarde, cuando la luna vertió sus rayos sobre la montaña, le pareció que se ahogaba entre las murallas de su castillo. Se echó un manto sobre los hombros, salió por la poterna, cruzó un bosquecillo de álamos y dirigió los pasos á su retiro predilecto para entregarse á sus tristes pensamientos; lágrimas abundantes corrían de sus ojos y quejas brotaban de sus labios, que se confundían con el murmullo de las aguas.

Cuando se acercó á la gruta, creyó ver una sombra ligera moverse á la entrada. Al acercarse, el blanco fantasma le hizo señales con la mano. Grande fué su miedo, pero en vez de huir se detuvo para ver lo que iba á suceder. Sabía la leyenda de la ninfa de la fuente y la reconoció al momento. Según ella, aquella aparición debía anunciar algun acontecimiento importante en su familia.

— ¡ Ah ! ¡ día nefando ! exclamó. ¡ Wackermann, ha muerto ! Soy la más infeliz de todas las viudas.

Se retorció las manos exhalando así su pesar, cuando una voz armoniosa salió de la gruta.

— Matilde, decía, no temas, que no te anuncio males; acércate confiada, pues soy tu amiga y deseo hablarte.

La noble dama no vaciló en acudir á este llamamiento; penetró en la gruta, y la ninfa, besándola en la frente, añadió :

— Bien venida seas en mi morada, mortal querida; puro es tu corazon como las aguas de mi fuente, y las potencias invisibles te son favorables. Quiero revelarte tu sino, único favor que concederte puedo. Tu esposo vive y ántes de que cante el gallo le estrecharás en tus brazos. No temas el tener que llorarlo, pues la vida se extinguirá en ti ántes que en él. Pero, no morirás sin besar al fruto de tus entrañas; tendrás una hija que, nacida bajo caprichosa estrella, tendrá alternativas de felicidad y desgracia. Así lo ha querido el destino. No le son contrárias las estrellas, pero una influencia enemiga la privará de la dicha de recibir los cuidados de su madre.

La noble dama rompió á llorar al oir esto, y la ninfa se conmovió.

— No llores, le dijo; yo te remplazaré al lado de tu hija, á condicion de que me elijas por madrina cuando llegue la hora de bautizarla, y ademas, la criatura que me confiarás deberá traerme el presente que le haga el dia en que sea bautizada.

Matilde accedió á esta demanda y la ninfa le dió una china diciéndole la hiciese arrojar á la fuente cuando llegase el momento. Matilde prometió hacerlo así y la ninfa desapareció en las aguas.

Poco tiempo hacía que habia regresado Matilde cuando el enano sopló con ardor en su bocina y Wackermann entró en el castillo cargado de botín. Un año despues, Matilde notó que iba á cumplirse la profecía de la ninfa y la anunció á su esposo que dió voces de júbilo. Entre tanto, Wackermann recibió un cartel de desafio y Matilde insistió por saber con quien iba á luchar. Wackermann le reprochó con dulzura aquella desusada curiosidad, y aunque las lágrimas de su esposa le quebrantasen el alma, partió sin decir nada, luchó con denuedo, mató á su adversario y volvió al castillo triunfante. Recibióle su mujer con ternura, y como aun exigia le revelase el nombre de su vencido, Wackermann exclamó :

— ¡ Ay ! Eva, nuestra madre, tus hijas no han degenerado, pues siguen tan curiosas como tu lo fuistes.

— Querido esposo, ¿ acaso el hombre no es curioso tambien ? Si yo os ocultase la menor cosa, no parariais hasta descubrir mi secreto.

— No, tengo confianza en ti, y puedes someterme á una prueba.

Esto es lo que Matilde deseaba.

— Acepto, replicó. Permitidme escoger á la madrina de mi hija, sin que nunca os diga quién es. Y si me dais vuestra palabra de caballero, confesaré que el ánimo varonil triunfa de la debilidad [femenina.

Wackermann lo prometió y Matilde quedó satisfecha del éxito de su ardid.

Poco despues, nació la profetizada criatura, y Wackermann montó á caballo y recorrió los alrededores para convidar deudos y amigos á las fiestas del bautizo. Cuando todos acudieron y resonaron en el patio los cascós de los caballos y las ruedas de los



carruajes, Matilde llamó á una de sus doncellas y le dijo :

— Toma esta china y ve á echarla en la fuente de la gruta ; no tardes.

La doncella ejecutó la órden y ántes de que estuviese de vuelta, una dama desconocida entraba en el gran salon, saludaba con gracia á los señores y á las damas y se sentaba al lado del padrino. Cuando se presentó el sacerdote la desconocida tomó á la

niña en sus brazos y la tuvo sobre la pila. Todos los ojos estaban fijos en su incomparable hermosura ; vestia un traje de seda verde mar forrado con satin blanco y recamado con perlas y piedras preciosas. Un portentoso zafiro sostenia el blanco velo que la cubria de los piés á la cabeza como una nube ; una punta del velo estaba empero tan húmeda como si acabasen de mojarla en el agua.

La presencia de la dama habia producido una emocion tal que nadie se acordó de dar un nombre á la niña, y el sacerdote la llamó Matilde, como su madre. Terminado el bautizo, llevaron á la criatura á su cuna, sobre la que comenzaron á llover los regalos de los convidados que excitaron la atencion general. La madrina fué la última que se acercó y engañó á todo el mundo, pues creian que dejaria un regalo de gran valor, y se contentó con poner sobre la cuna, solemnemente, una cajita de madera que tenia la forma de una manzana. Luego fué á besar á la madre en la frente y salió de la habitacion.

Aquel presente mezquino provocó un cuchicheo que degeneró en risas irónicas ; pero como el caballero y su esposa observaban un profundo silencio, las malas lenguas tuvieron que hacer lo mismo. La desconocida no volvió y nadie supo lo que fué de ella. Wackermann habria deseado saber á lo ménos su nombre, para no tener que designarla diciendo.

la dama del velo blanco, pero no queria faltar á su palabra de caballero y no hacía pregunta alguna, esperando que Matilde acabaria por revelárselo ; pero no fué así y Matilde guardó su secreto en el fondo de su corazon, con el mismo cuidado que tenía encerrada la manzana de la ninfa en su arca.

La profecía de la ninfa se cumplió tambien en su segunda parte. Apénas andaba sola la niña cuando Matilde murió de pronto, víctima de un mal desconocido. Inconsolable quedó Wackermann, colgó sus armas, se vistió de luto, y dado á su pesar profundo renunció á su vida aventurera.

Pero no pasa el tiempo en balde ; Wackermann volvió paulatinamente á su pasada existencia, y como consuelo sumo dió su mano á una mujer viva, violenta, la antítesis, en una palabra, de la piadosa y modesta Matilde. No tardó en cambiar por completo la vida del castillo ; la nueva castellana era amiga de gastos y de lujo ; era altiva é imperiosa ; dió á Wackermann numerosa progenie y, como era natural, la hija del primer enlace quedó abandonada á una nodriza que habitaba una estancia apartada del castillo.

La castellana gastaba tanto, que en breve no bastaron los cuantiosos botines de su esposo. Apoderóse de los restos de la primera mujer, vendió las ricas joyas, las preciadas telas, y un dia que bus-

caba en los arcones algun precioso objeto que poder vender, puso la mano en un cofrecillo lleno de sortijas, brazaletes y piedras sin engarzar, rubíes, carbunclos y zafiros. Entre ellas encontró la manzana de madera. Quiso abrirla, la pesó, no pudiendo conseguirlo pues la madera se habia hinchado, y viendo por su ligereza que nada podia haber dentro, la tiró por la ventana.

Casualmente Matilde jugaba á la sazón en el jardin. Al ver rodar la manzana corrió á cogerla y tuvo la misma alegría que su madrastra al descubrir los brillantes. Fué su juguete predilecto. Un dia que su nodriza la habia llevado á jugar cerca de la fuente, Matilde pidió su merienda, y como su ama la habia olvidado, se metió en el bosque para coger á la niña algunas fresas. Matilde siguió jugando con la manzana y, sin querer, al tirarla por el aire, la echó en la fuente. Al momento se presentó una dama de encantadora belleza. Al pronto, la criatura, asustada, creyó que era su madrastra; pero la ninfa le dijo :

— No temas nada, niña querida, soy tu madrina; ven que te dé un beso, y toma la manzana que habia caído en el agua.

Matilde se acercó y la ninfa la cubrió de lágrimas, estrechándola contra su corazón.

— ¡Pobre abandonada! decia, he jurado reempla-

zar á tu madre y cumpliré mi juramento. Ven á verme á menudo, me encontrarás siempre en esta gruta, á condicion de que echés una china en la fuente. Conserva cuidadosamente esta manzana y no vuelvas



lá jugar con ella, pues podrias perderla; un dia te procurará la realizacion de tus deseos. Cuando seas mayor, te lo explicaré con más claridad, ahora no me comprenderias.

La ninfa la dió otros consejos apropiados á su edad, la recomendó que no dijese nada de lo que

habia pasado, y desapareció cuando tornaba la nodriza. Matilde, que era ya prudente, guardó silencio, y de vuelta al castillo, cosió la manzana en el forro de su vestido. Su mayor deseo era volver á ver á la ninfa, y siempre que hacía buen tiempo, dirigia su paseo hácia la fuente; luego alejaba á la nodriza con cualquier pretexto y echando una china en las aguas evocaba á su madrina.

Pasaron algunos años y la niña se convirtió en una jóven de maravillosa belleza. Se habia desarrollado en la soledad, pues nunca salia de su cuarto, ni asistia á las fiestas y saraos que daba su madrastra. No gemia empero de su abandono, pues, llegada la noche, salia sin ser vista y acudia á la fuente, donde la ninfa la enseñaba todo cuanto debe saber una dama noble, tratando de que en todas cosas se pareciese á su virtuosa madre.

Un dia, la ternura de la ninfa pareció duplicarse; estaba tan lánguida, tan afligida que Matilde lloró.

— Hija mia, dijo la ninfa, lloras sin saber por qué, pero tu llanto nace de un presentimiento, un gran cambio amenaza al castillo de la montaña; ántes de que el segador afile su podadera será una ruina deshabitada. La tarde en que las criadas que vienen por agua á la fuente suban con las cántaras vacías, piensa que el peligro se acerca; conserva tu manzana, que te procurará el cumplimiento de tres de-

seos, con tal que sean razonables. Á Dios, no volveremos á vernos aquí.

Y despues de haberla dado algunas advertencias más sobre la virtud mágica de la manzana, la ninfa desapareció.

Por el tiempo de la siega, las criadas volvieron una tarde con las cántaras vacías. Pálidas y trémulas venian, contando que una dama blanca estaba sentada junto á la fuente y que se retorcia las manos dando gemidos, lo que era de mal agüero. Los soldados y los escuderos se burlaron; algunos, impulsados por la curiosidad, bajaron y vieron la aparicion; armándose de valor, se acercaron á la gruta, pero entónces la dama blanca desapareció.

Muchos comentarios provocó el suceso, mas nadie adivinó lo que significaba, excepto Matilde, que nada dijo, pues su madrina la habia recomendado un silencio profundo. Se encerró en su cuarto, esperando con angustia la marcha de los sucesos.

Se ha dicho que las correrías de Wackermann Uhlfinger no bastaban para satisfacer los gastos de su esposa. Pasaba la vida en convites interminables en los que su mujer le aturdia con el vino y los placeres para que no viese lo que pasaba en casa. Cuando faltaba dinero se saqueaban los pesados carros de Jacobo Jigger, ó los de los mercaderes venecianos. El congreso general de la confederacion

suabia, cansado de estas exacciones, decidió exter-



minar á Wackermann que no habia tenido en cuenta

sus advertencias. Antes de que se creyese seriamente amenazado, las banderas de la confederacion flotaron al pié de sus torreones y no le quedó más recurso que vender cara su vida.

Las bombardas y los falconetes conmovieron las murallas; silbaron las ballestas y las flechas; una de ellas penetró por la visera de Wackermann y lo tendió exánime. La caída del señor consternó á los servidores, y el castillo pareció nave sin brújula; rendirse querían los unos, seguir luchando los otros; y el enemigo, que notó la confusion que reinaba en la plaza, dió un asalto furioso, escaló las murallas, tomó los torreones, bajó el puente levadizo y pasó á cuchillo á todos los habitantes, sin exceptuar á la mujer pródiga, causa de tanta desgracia, ni á sus hijos; luego, el castillo fué saqueado y entregado á las llamas.

Matilde habia permanecido en su cuarto durante el combate. Pero tan luego como vió que la fortaleza estaba en poder del enemigo, y que no se hallaba segura, se cubrió con su velo, dió tres vueltas á la manzana en su mano, y salió pronunciando las palabras que la ninfa la habia enseñado :

Envuélvame la sombra y densa sea,
Para que nadie me vea.

Invisible cruzó las escenas de matanza; salió del

castillo de sus padres desconsolada y sin saber



adónde dirigiria sus posos. Mientras pudieron soste-

nerla sus delicados piés se alejó de aquel lugar de horror; pero, sorprendida por la noche, y rendida de cansancio resolvió pasarla debajo de un peral. Sentada en el césped dejó correr sus lágrimas, y á través de la oscuridad vió arder el castillo en que habia nacido. Mucho ántes del alba continuó su camino y no tardó en llegar á una aldea donde una buena y compasiva aldeana le ofreció un pedazo de pan y un tazon de leche. Trocó sus vestidos contra los de esta mujer y se unió á una carabana de muleteros que iba á Augsburgo. En el estado miserable en que se hallaba, no la quedaba más recurso que entrar á servir como criada; pero, habia pasado la época en que se ajustan las criadas y temia no encontrar acomodo.

El conde Conrado de Schwabeck, castellano y tesorero del obispado de Augsburgo, poseia en esta ciudad una casa en la que acostumbraba á pasar el invierno. Cuando estaba ausente, su casa quedaba confiada á una doña Gertrúdis, que era de la piel del demonio, segun la gente decia, y gritaba y regañaba tanto, que ninguna criada podia sufrirla. El ruido que metian sus llaves causaba á las criadas el miedo que produce el *Coco* á los niños, y no sin motivo, pues cuando estaba pobre de argumentos, les arrojaba las llaves á la cabeza. Era tanto que, cuando querian hablar de una mala mujer, decian: « Es

como doña Gertrúdis. » Un dia que, más endemoniada que nunca, habia apaleado á diestra y siniestra y que todas las criadas habian huido, la dulce Matilde se presentó á ofrecer sus servicios. Á fin de ocultar la elegancia de su talle se habia puesto una espalda más alta que otra ; un pañuelo ocultaba sus cabellos, y tenía el rostro y las manos sucias de hollin. Cuando llamó á la puerta, doña Gertrúdis se asomó á la ventana, y tomándola por una mendiga :

— No dan aquí limosnas, dijo ; véte al hospicio, allí te darán algunos cuartos.

Y esto diciendo cerró la ventana. Pero Matilde siguió llamando, y cuando la anciana se asomó de nuevo, la anunció lo que queria, sin darle tiempo de hablar.

— ¿ Quién eres y qué sabes hacer ? preguntó doña Gertrúdis.

— Me llamo Matilde y soy huérfana. Sé lavar y aplanchar, hilar y tejer, tambien sé guisar y soy dulce y obediente.

Gertrúdis, al oir enumerar estos talentos, abrió la puerta y la hizo entrar en la cocina. Matilde desempeñó tambien sus nuevas funciones que doña Gertrúdis perdió poco á poco la costumbre de tirar el manojó de llaves á la cabeza de sus criadas, y aunque siguiese severa y gruñona, fué ménos mala que antes.

Cuando cayeron las primeras nieves, la dama hizo limpiar el palacio, prepararlo todo para recibir al dueño, que no tardó en llegar con numeroso séquito de escuderos, caballos y perros. Matilde no se



ocupó de verlo, pues la cocina la daba mucho que hacer; pero hizo la casualidad que al ir una mañana á sacar agua de la fuente, encontrase á su amo en el patio. Matilde experimentó en su pecho una suave emocion. Nunca habia visto á un caballero más

cumplido, más hermoso, y su amargura fué grande pensando en la distancia que la separaba de aquel doncel garrido, ella que, por su nacimiento, habria sido su igual.

Volvió á la cocina muy pensativa y, por primera vez, echó á perder todas sus salsas, lo que la mereció sangrientos reproches de doña Gertrúdis.

De dia y de noche pensaba en el caballero, que ni siquiera habia reparado en ella. Á fuerza de recaptar en los medios de salir de tan triste condicion y hacer que el conde la viese, Matilde recordó la famosa manzana que la habia regalado su madrina y que podia procurarle la satisfaccion de tres deseos.

Los habitantes de Augsburgo, para celebrar el nacimiento del príncipe Maximiliano, hijo del emperador Federico, daban en aquel entónces tres dias de fiesta, torneos y bailes, y Conrado no podia menos de asistir. Cuando llegó el momento, Matilde arregló su cocina, subió á su cuarto, se lavó su encantadora cara, y cogiendo la manzana deseó un magnífico traje.

Abrió la manzana y salió una montaña de seda que formó un vestido soberbio que sentaba muy bien á la jóven. Matilde dió entónces tres vueltas á la manzana y dijo :

Con los ojos cerrados.
Sed todos por el sueño encadenados.

Al instante, un sueño profundo se apoderó de todos los criados y porteros, hasta de la vigilante dama Gertrúdis. Matilde salió sin ruido y se presentó poco despues en el salon de baile con noble y modesta actitud. Un murmullo halagüeño acogió la presencia de la seductora doncella. Todos se preguntaban : « ¿ Quién es... ? ¿ De dónde viene ? » y nadie podia responder á esta pregunta.

Conrado fué de los primeros en acercarse á la hermosa jóven; no habia visto nunca tan cumplida belleza. La convidó á bailar y Matilde bailó con tal gracia y ligereza que causó la admiracion general. Conrado se enamoró perdidamente, y como Matilde sintió aumentarse la simpatía que siempre le habia inspirado el caballero, este creyó poder concebir esperanzas. Nada pudo saber empero sobre la familia de la noble doncella que sólo le prometió volver al baile del dia siguiente. Conrado, temiendo que no cumpliese su promesa, hizo apostar en la calle á todos sus escuderos, pero Matilde repitió, dando vueltas á la manzana :

Envuélvanle la sombra y densa sea,
Para que nadie me vea,

y pudo volver á su cuarto, invisible. Guardó su traje de seda en un arca, se puso sus andrajos de cocinera y se encontró en la cocina ántes que ningun criado,

lo que le valió un cumplido de doña Gertrúdis.

El día fué largo para el conde que temia no volver á ver á la bella desconocida. Fué el primero que



entró en el baile y no tuvo reposo hasta que vió aparecer á Matilde. Esta vez no quiso esperar más y la declaró que deseaba hacerla su esposa

— Reflexionad bien, le dijo Matilde, no os arrepintáis un día. No me conocéis, no sabéis cuál es mi

nacimiento, ni mi fortuna. Un hombre como vos no debe comprometer su palabra ligeramente, pues una vez que la ha dado, debe observarla con una fidelidad á toda prueba.

Conrado respondió :

— Cumpliré mis promesas, os lo juro. Aunque fueseis hija del hombre de más humilde condicion, os honraria como á mi esposa.

Y quitándose del dedo un anillo con un diamante de gran valor, se lo dió á Matilde y la dijo :

— Para que no dudéis, aceptad esto en prenda, y dentro de tres dias presentaos en mi palacio, donde se hallarán los nobles y prelados que conozco y serán testigos de nuestra union.

Matilde no dijo que sí, ni que no. El amor del caballero la parecia muy violento para ser duradero y queria probarlo. Matilde desapareció como la vispera, y Conrado, al entrar, ordenó á doña Gertrúdis que preparase el festin.

El ama de llaves cumplió su cometido, y tres dias despues, á la hora indicada, todo estaba servido. Conrado se precipitaba cada vez que oia un carruaje ; pero se hallaba con un prelado, con una venerable matrona , con un elegante caballero, nunca con la dama que esperaba . Despues de muchas horas, Conrado mandó que sirviesen, pero como estaba triste, tristes se pusieron los con-

vidados, y el banquete terminó como un entierro.

Aquella noche, Conrado no pudo cerrar los ojos, le acometió una calentura mortal y toda la casa es-



tuvo en vela, los médicos recetaron interminables potingues que, afortunadamente, el conde hizo tirar por la ventana. Durante siete días, el conde no levantó cabeza ; se apagó el fuego de sus ojos, sus

labios respiraron con dificultad. Matilde estaba inconsolable, pues sabía en qué consistía la enfermedad del caballero; sólo ignoraba cómo mediar para aliviarle, sin tener que pedir un nuevo don á la manzana, pues recordaba la recomendacion de su madrina.

Empero, tuvo una idea, y el sétimo dia, en el que los médicos condenaron al enfermo, Matilde dijo á doña Gertrúdis :

— El amo no morirá, pues he soñado esta noche con el medio de salvarle.

La anciana creia á pié juntillas en los sueños y exclamó :

— Cuéntame el sueño.

— Soñaba que mi madre se me aparecia y me enseñaba á preparar el caldo de nueve yerbas que cura de toda enfermedad, y que mi madre me decia : « Prepara ese caldo para tu amo y si toma sólo tres cucharadas, no morirá. »

Doña Gertrúdis quedó maravillada.

— Singular es tu sueño ; prepara el caldo.

Matilde lo hizo así, y cuando lo vertió en la taza dejó caer en ella la sortija que el conde le habia dado en el baile. Conrado tenía tal horror á la conversacion interminable de Doña Gertrúdis que, cuando esta le presentó la taza, la tomó al momento para no darla tiempo á elogiar durante una hora el nuevo

medicamento. Al mover con la cuchara, sintió algo en el fondo de la taza, lo sacó y tan luego reconoció su sortija, la vida afluyó á sus ojos, desapareció su languidez, y bebió el caldo de un tirón, con gran satisfaccion de doña Gertrúdis y de los criados.

Conrado, volviéndose á doña Gertrúdis, preguntó :

— ¿ Quién ha preparado esto que me ha devuelto la vida ?

— No os inquietéis, noble señor, y no habléis, basta con que el caldo haya producido el apetecido resultado.

— Te digo que quiero saber quién lo ha preparado.

— Señor, hay en vuestras cocinas una criada, llamada la bohemia, que conoce el secreto de todas las yerbas; ella ha preparado el caldo.

— Tráela aquí; quiero darle las gracias por este remedio que me ha devuelto la vida.

— Dispensadme, señor, pero su vista os desagradará. Es jorobada, se parece á un mochuelo, su cara y sus manos están cubiertas de ceniza y hollin.

— Obedeced sin más hablar, ú os pongo en la calle.

Doña Gertrúdis corrió en busca de Matilde, la levó al cuarto del conde y se retiró con los demas criados.

— Jóven, dijo Conrado, ¿ cómo tenías en tu poder

esta sortija que he hallado en el caldo preparado por tus manos?

— Noble caballero, vos mismo me la disteis el segundo día de baile, diciéndome que me amabais. Ved si mi rostro y mi condicion merecen que os hayáis entregado á una desesperacion tal que os ha puesto á las puertas de la muerte. Vuestra enfermedad me ha desconsolado y no he querido tardar más en sacaros de vuestro error.

Conrado esperaba poco esta confesion y se turbó. Pero pensando en la imagen de la hermosa doncella del baile, pensó que habian adivinado su pasion y querian curarle con un ardid excusable. Tenía empero el anillo, y la hermosa desconocida habia debido tomar parte en aquella superchería.

— Si sois vos la jóven que me sedujo, dijo, no dudéis de mi palabra. Pero, ¡ no me engañéis! Si vuestro talle no se torna esbelto, si vuestras mejillas no recobran la frescura que tenian la noche del baile, os haré apalear como una impostora hasta que confeséis la manera cómo este anillo ha caido en vuestras manos.

Matilde exclamó suspirando:

— ¡ Ay! noble caballero, ¿ es pues sola la belleza lo que seduciros puede? ¡ Guay de mí! entónces, si por años ó desgracia vengo á perder mis encantos, Vuestra fidelidad desaparecerá tambien.

Conrado, conmovido al oír tales reflexiones en boca de una criada, respondió :

— La belleza subyuga el corazón del hombre, pero la virtud le vence.

— Está bien, replicó Maltide, voy á cumplir vuestras órdenes. Vuestro corazón decidirá despues. El conde dudaba aun y llamando á doña Gertrúdis la dijo :

— Acompañad á esta jóven á su cuarto para que se vista con más decencia ; esperadla á la puerta y llevadla luego al salón.

Así se hizo ; doña Gertrúdis acompañó á Matilde y esperó en la puerta.

Entre tanto, el conde se vistió y bajó al salón.

En el momento en que el reloj de Augsburgo daba las doce, se abrieron las puertas y Matilde se presentó hermosa como una diosa.

— Á vuestros piés estoy, dijo Conrado, y os ofrezco mi mano, si queréis aceptarla.

— No os apresuréis, noble caballero. Aun tenéis la sortija, y no me conocéis.

Conrado se apresuró á devolverla el anillo.

— Sois mi prometido, dijo Matilde. Sabed ahora que soy la hija del esforzado caballero Wackermann Uhlfinger, cuyas desgracias conocéis. Despues del saqueo del castillo de mi padre pude escaparme y he hallado en vuestra casa, bajo una forma miserable, es cierto, ayuda y proteccion.

Y en seguida, Matilde le contó toda su historia, sin ocultar las virtudes de la manzana mágica.

Conrado, completamente curado, ordenó una gran fiesta y celebró sus desposorios que en breve



fueron seguidos de su boda. La felicidad de los recién casados fué inmensa, sin una sombra, y como Matilde no tenía ya nada que desear, conservó sólo la manzana mágica por ser un presente de su madrina, la ninfa de las aguas.

La madre de Conrado vivia aun, retirada en su posesion de Schwabeck ; pero, por más que Matilde manifestó repetidas veces el deseo de ir á besarla respetuosamente la mano, su marido aplazó el viaje y fué á fijarse en un feudo, cerca de las ruinas del castillo de Wackermann. Matilde visitó aquellos restos calcinados y lloró sobre ellos, pensando en su madre, en su padre. Luego bajó á la fuente, pero por más que echó en ella chinasy aun la manzana mágica, la ninfa no se presentó. Era empero el momento, pues Matilde iba á ser madre.

El hijo fué la delicia de Matilde, el delirio del conde. La fatalidad pesaba, sin embargo, sobre él. Su madre no le abandonaba nunca, pero una noche, la tercera, vencida por letal sopor se durmió, y al despertar, el niño habia desaparecido.

— Nodriz, exclamó Matilde, ¿ dónde está el niño?

— Señora, el jóven señor se encuentra en vuestros brazos.

Todo se registró ; nada se halló, salvo algunas gotas de sangre en el suelo.

— ¡ Dios y los santos nos favorezcan ! gritó la nodriz ; ha entrado un lobo y se ha llevado á la criatura.

Grande fué el desconsuelo de Matilde y de Conrado, y sólo el tiempo y el nacimiento de un segundo hijo pudieron dulcificarlo. La madre no dormía, temiendo

que su nuevo hijo le fuese arrebatado como el primero. Una noche, sintiendo que el sueño la rendía, pasó una cadenilla de oro al cuello del infante, y se la lió luego á su brazo, quedando en seguida profundamente dormida.

Cuando despertó á los primeros albores del día,



¡oh dolor! la criatura había desaparecido. Miró la cadenilla que estaba rota y perdió el sentido.

La nodriza lanzó atronadores gritos y todos acudieron. Conrado, furibundo, sacó su puñal y exclamó con enardecido acento :

— ¡Mujer maldita! ¿no te había ordenado que pasases la noche en vela, sin perder de vista al niño? En el momento que el animal dañino se acercase á la madre, debías gritar y tus gritos nos ha-

brian despertado y no habria sucedido la desgracia. Te has dormido, y ahora vas á dormir con eterno sueño.

Y levantó la daga.

La nodriza cayó postrada de hinojos.

— ¡ Ay! mi amo temido, en nombre del Señor, matadme para que me lleve á la tumba el secreto del crimen horrible que han visto mis ojos, y que por nada revelaré á ménos que la tortura me obligue á ello.

— ¿ De qué crimen hablas ? dijo el conde estupefacto. ¿ Qué negro crimen es ese que tu lengua se niega á decirlo ? Habla ó la tortura te hará hablar.

— Señor, replicó la nodriza, ¿ por qué queréis saber vuestra desgracia ? Más vale que ese secreto perezca conmigo.

El conde llevó á su cuarto á la nodriza, y con amenazas y promesas la forzó á hablar.

— Señor, dijo, vuestra esposa es una bruja. Para conservar su belleza y vuestro amor, nada la detiene. La noche pasada fingió dormir y yo me quedé amodorrada. Me llamó, pero fingí dormir profundamente y entónces, estrechando á su hijo contra su seno y besándolo, dijo : « Hijo mio, sé el filtro que conserve mi belleza ; vé á unirte con tu hermano ; con tus huesos y con el jugo de nueve yerbas compondré un brebaje que mantendrá ardiente el cariño de mi

esposo. » Y despues, traspasó el corazon del infante con una aguja de diamante. De su manzana mágica salió luego una llama que consumió el cadáver, y recogió las cenizas en una caja que ocultó bajo su



lecho. Esta es la verdad, señor, y matadme si queréis, no diré otra cosa.

Conrado quedó petrificado. Al fin, exclamó :

— La tortura es inútil ; creo en lo que decís ; así ha debido suceder, pues no se han notado pasos de lobo en todo el jardin. Voy á ver á esa criatura mons-

truosa, y mientras hablo con ella, tratad de sacar de debajo del lecho, sin ser vista, la caja que encierra los huesos.

Matilde recibió al conde con la inocencia pintada en sus ojos, pero Conrado vió sacar la caja, y huyó de aquel sitio de horror, sin abrazar á su esposa, ni pedirla explicaciones. Despues de una lucha terrible, el conde tomó una determinacion, y partió para Augsburgo, diciendo á su mayordomo :

— Cuando la condesa pida un baño, poned ardiendo la estufa, y cuando haya entrado, cerrad la puerta por fuera á fin de que muera allí dentro

El mayordomo lloró pues queria á Matilde, como todos los criados, pero debia obedecer; y cuando la condesa pidió un baño, hizo arder la estufa y cerró la puerta por fuera. Matilde pidió socorro ; el fuego acrecia pero no respondia nadie. La condesa comprendió lo que pasaba y se resignó á morir. Se quitó del cabello una horquilla de oro y escribió en la pared : « Á Dios, Conrado, muero por orden tuya y soy inocente. » Se sentó luego en una butaca para esperar la muerte, y en sus convulsiones, la manzana mágica, que siempre llevaba encima, rodó por el suelo. Matilde la asió y exclamó :

— ¡ Ninfa y madrima mia ! si está en tu poder, librame de una muerte ignominiosa y prueba mi inocencia.

Y esto diciendo, abrió la manzana. Al momento se elevó una densa niebla que disipó el calor é hizo experimentar á la condesa un fresco agradable. De pronto, entre la nube apareció la ninfa con los dos niños de Matilde delante de sí.

— Salud, mi querida Matilde, dijo la ninfa; eres dichosa por no haber formado el tercer deseo que debía satisfacer la manzana, con igual ligereza que formulaste los otros dos. Hé aquí los dos testigos de tu inocencia, que te harán triunfar de la negra calumnia de que eres víctima. Tu mala estrella ha desaparecido; la manzana no te concederá ya nada, pues nada tendrás que desear en lo sucesivo. La causa de tus males es la madre de tu esposo. Esa mujer orgullosa creyó que su hijo se habia casado con una criada y le maldijo. No tuvo más deseo que consumir tu perdida y compró á tu nodriza para que arrojase tu hijo al agua. Por fortuna, escogieron mi fuente y yo le recibí en mis brazos; lo mismo pasó con el segundo. Conrado, engañado por la nodriza, ordenó tu muerte, pero ahora vuelve, arrepentido, para salvarte. Á Dios, no me volverás á ver más.

Esto diciendo, la ninfa desapareció y al momento llamaron á la puerta y se oyó la voz del conde gritando: « ¡ Matilde...! ¡ Matilde...! »

— Señor, respondió la condesa, aun vivo y mis hijos tambien.

Abrieron las puertas, estrechó el conde en sus brazos á su familia, supo de boca de Matilde toda la verdad, y al momento ordenó que encerrasen á la infame nodriza en el baño y prendiesen fuego.



Pero, los criados no tuvieron que tomarse esta molestia, pues la estufa se puso á arder por si sola, y las llamas se llevaron á los infiernos el alma de aquella mujer criminal.



BERTOLDO

CUENTO ITALIANO

I

En la época en que Alboino, rey de los normandos, era dueño de casi toda la Italia, tenía su corte en la hermosa ciudad de Verona.

Un día, un aldeano llamado Bertoldo llegó á esta

ciudad. Era un hombre muy feo y muy deforme, pero lo que le faltaba como físico, le sobraba como gracia; tenía un ingenio tan sutil como su exterior era grosero. Se veía en sus contestaciones que eran muy justas en todas las cuestiones. Puede decirse también que era malicioso y algo desconfiado como sucede á la generalidad de los aldeanos.

Al llegar á Verona fué á palacio; quiso ver las antecámaras, luego penetró en el salón en que se hallaban los ministros, y los grandes señores, y deseando ver al rey, cruzó por entre aquel gentío, divisó á Alboino y sin quitarse el sombrero, ni hacer saludo alguno, fué á sentarse á su lado.

Entonces resaltó por completo la fealdad de Bertoldo; era pequeño de cuerpo; su enorme cabeza redonda parecía una bola; sus ojos rojizos, sus pobladas cejas, sus grandes orejas de asno, su ancha boca torcida, su labio inferior colgante, su barba colorada que le caía sobre el pecho, su nariz puntiaguda con las ventanillas abiertas como espuelas, sus dientes de jabalí, grandes y saltones, su triple papera, le daban un aire salvaje; su cuerpo velludo, sus piernas zambas con medias de tosca lana, sus gigantescos zapatos y todo lo demás por el estilo, no hacían de él un Narciso, como imaginarse puede.

Empero, el rey era tan bueno y tenía además

tanta afición á las figuras originales, que no se enfadó, y por el contrario, pensó que aquel hombre debia tener sumo ingenio y que la naturaleza debia haberle dado un carácter singular que no concede á todo el mundo. Para convencerse, dirigió al aldeano algunas preguntas con benevolencia.

— ¿Quién eres, cuál es tu edad y de dónde vienes?

— Soy un hombre, nací cuando mi madre me dió á luz y vengo de la tierra.

Alboino, viendo que tenía que habérselas con uno de esos aldeanos que á toda encuentran contestacion, sin responder á nada, le dijo :

— ¿Qué es lo más rápido que hay en el mundo?

— El pensamiento, dijo Bertoldo.

— ¿Qué vino es el mejor? replicó el rey.

— Aquel que en casa ajena se bebe, respondió el aldeano.

— ¿Conoces un mar que sólo tiene una marea montante?

— La avaricia en el corazon del avaro.

— ¿Cómo te compondrias para traerme agua en un cedazo?

— Esperaria á que el agua se congelase.

— Vamos, tienes ingenio; lástima es que no se vea el ingenio con los ojos. Sin duda quieres algo. Pide, te daré lo que desees.

— No es posible dar lo que no se tiene, replicó Bertoldo.

— ¿Qué quieres significar?

— Deseo la felicidad, y como no la posees, no puedes dármela.

Preciso es confesar que esta respuesta de Bertoldo desagradó al buen rey Alboino.

— ¿Crees, dijo, que un hombre no posee la felicidad cuando está en el trono?

— Cuando se está sentado en un sillón elevado, se cae de más alto.

— Pero, esos señores y magnates que ves á mi alrededor, esperan mis órdenes; ¿qué dices á esto?

— Las hormigas rodean también al árbol para vivir á su costa.

— Concluyamos, exclamó el rey; ¿quieres quedarte en la corte?

— El que posee la libertad no debe buscar la esclavitud.

— En ese caso, ¿qué has venido á hacer aquí?

— Creía que el rey era mayor que el resto de los hombres lo ménos de diez ó doce piés. Ahora veo que es un hombre como los demás. La única diferencia es que es rey.

— Verdad es, dijo Alboino. un hombre soy como los demás; pero no es mi estatura sino mi poder lo

que me hace superior á todos. Una pregunta : ¿ qué intencion tienes al hablarme así?

Bertoldo respondió al rey con nuevas agudezas, pues nunca estaba desprovisto de ellas, y causó al rey tal irritacion que lo echó.

— Bueno, dijo Bertoldo, me voy; pero ya sabes que las moscas vuelven de continuo al mismo punto de donde las han echado.

Y tras esto el aldeano se marchó.



II

Algun tiempo despues el rey, tributando justicia, oía la queja de una mujer que acusaba á otra de haberla robado un espejo.

Bertoldo entró en este momento y se mezcló á la asistencia.

— ¡Qué infamia! decia la mujer. Se atreve á afirmar que el espejo es suyo. ¡ Comó no se abre la tierra para tragársela! ¡ Ay! Señor Dios, descubre su mentira á todo el mundo.

La otra resistia, no sin gritar otro tanto, y la disputa amenazaba non terminar cuando el rey ordenó que hubiese silencio.

— El espejo, dijo, no será de nadie; romperlo en mil pedazos.

— No, no, exclamó al momento la mujer, renuncio á mi hermoso espejo ántes de verlo hecho añicos.

Entónces se reconoció que esta decia la verdad; le devolvieron el espejo y todo el mundo admiró la

sabiduría de Alboino que sabía descubrir la verdad de la impostura y apaciguar sus contiendas.

Solo Bertoldo fué de otro parecer. Se atrevió á burlarse del rey diciendo que nadie ha sabido nunca descubrir la verdad en las mujeres, ni calmar por completo sus querellas.

— Habla mejor de las mujeres, dijo Alboino; si las hay pecadoras, es por desgracia y debilidad. Y ¿no se debe ser indulgente para con los débiles? No debe juzgarse de todas las mujeres por una sola. Las mujeres se han hecho para amar á sus maridos, educar á sus hijos, dirigir á los criados; en ellas se basa la familia y el hogar. Son la felicidad de nuestra juventud, el consuelo de nuestra vejez; dan el ejemplo á los hombres de la delicadeza modesta, de los modales decentes, de la conversacion noble. La mujer honrada casada con hombre honrado es como el zafiro oriental engarzado en purísimo oro.

— Mucho aprecias á las mujeres, dijo Bertoldo. ¿Qué me darás si te obligo á decir lo contrario y á renegar de tus palabras?

El rey apostó que ne cambiaria de parecer.

Bertoldo fué á ver á la mujer del espejo, y le dijo:

— El rey me encarga reclamaros el espejo que os ha devuelto. Ha cambiado de parecer y ordena que lo hagan pedazos.

La mujer puso el grito en el cielo; corrió llorando

á casa de sus vecinas y les contó la espantosa injusticia del rey. Todas las vecinas del barrio se amotinaron, decidieron resistir á las órdenes de Alboino, y sin esperar más, se dirigieron á palacio.

— ¿Qué hay? exclamó Alboino viendo llegar á todas las mujeres. ¿Qué ha sucedido, qué escucho...? Se rebelan, y ¿por qué...? Meten un ruido infernal.

Las mujeres, hablando todas á la vez, se pusieron á quejarse amargamente de la injusticia del rey, que no podia comprender más que una cosa y es que todas estaban contra él.

— ¡Ah! sexo ingrato, exclamó. ¿Quién os ha dicho que he dado la orden que me reprocháis? Nadie. Id en paz, ahora os conozco. Quien dice mujer dice querella, discordia, locura...

El rey Alboino habló mucho más sobre este tono y no se habria detenido á no contarle Bertoldo toda la aventura, lo que dejó al rey perplejo. Salió de su perplejidad como pudo, es decir, que dominando al cabo su bondad natural, perdonó á todo el mundo, á las mujeres que habian engañado, y á Bertholdo que habia provocado todo el tumulto para ganar su apuesta.

En este momento, uno de los escuderos de la reina entró en el salon y acercándose á Alboino le dijo algunas palabras al oído.

— Bertoldo, dijo Alboino, este mensajero viene á decirme que la reina desea verte. Síguele.

— Señor, hay mensajeros agradables y mensajeros de desventura.

— Los hombres son desconfiados cuando tienen remordimientos.

— Y los hombres de corte son sonrientes sin que su sonrisa sea verdadera.

— El inocente nada teme.

— Una mujer encolerizada, una estopa inflamada, una sarten agujereada, han sido siempre para Bertoldo motivos de desconfianza.

— Tanto peor para el que siembra espinas; no debe andar descalzo.

— Loco es el que, viendo un puñal ante su pecho, marcha derecho al puñal en vez de volver la espalda.

— Bertoldo, ¿temes que la reina te cause algun mal?

— Mujer furiosa, mar borrascosa.

Así discutieron largo rato. Pero al fin Bertoldo se decidió á pasar al cuarto de la reina.

— ¡Qué cara de mono! exclamó esta al verlo.

La reina habia concebido por él un odio increíble, y sabiendo que hablaba muy mal de las mujeres, habia urdido su venganza. En el momento en que Bertoldo estuviese hablando las damas debian caerle encima á pale seco. No habia hecho más que entrar

cuando una camarista se acercó á pasos de lobo. La reina le distraía.

— ¿Quién eres? le preguntaba.

— Soy un hombre que tiene el don de leer el porvenir y adivinar los proyectos ajenos.

— ¿Estás seguro de preverlo todo?

— Sí, preveo que hay aquí una mujer que quiere



envenenar al rey. Es una doncella que está detrás de mí, con un palo en la mano...

La camarista, que no estaba muy tranquila, se echó á temblar al oír estas palabras y no se atrevió á pegar á Bertoldo.

La reina, más descontenta que nunca, exclamó que, por más que hiciese, Bertoldo perecería á palos.

El pobre hombre vió que estaba perdido, y arrojándose á los piés de la soberana :

— Reina, le dijo, ya que tu voluntad es inflexible y que con tanta claridad la expresas, me resigno á recibir tantos palos como quieras; sólo un favor te pido y puedes concedérmelo fácilmente. Ordena á tus lacayos que me sigan y di á los guardias que me apaleen que no peguen *á la cabeza*.

La reina consintió y así se hizo. Bertoldo salió acompañado por los lacayos de la reina. Los soldados esperaban, armados con palos y formados en dos filas. Se puso Bertoldo á la cabeza de los lacayos y exclamó :

— La reina ha ordenado que apaleéis, pero que no apaleéis al que vaya *á la cabeza*.

Los lacayos repitieron, sin comprender bien :

— No peguéis á la cabeza.

Bertoldo huyó sin esperar más, y los guardias se pusieron á apalearlo de lo lindo á los lacayos.

La venganza de las mujeres habia quedado, pues, sin resultado, pero la guerra estaba declarada entre ellas y Bertoldo.

Á fin de probarle que eran capaces de cosas serias, imaginaron dirigir al rey Alboino una solicitud exponiendo que muchas mujeres habian gobernado grandes imperios, y que querian entrar en los consejos del Estado.

El rey preguntó á Bertoldo :

— ¿ Qué les contestarias ?

— Yo me encargo de todo, respondió Bertoldo, sin dar más explicaciones.

Fué al mercado, compró un pajarito y lo metió en una caja.

— Mandad esto á vuestra esposa, dijo al rey, recomendándola que no abra la caja y que os la lleve mañana á la audiencia; entónces concederéis á las mujeres lo que piden.

La reina y sus damas prometieron no abrir la caja. Pero una quiso saber lo que habia dentro ; se opusieron las otras. Hubo una discusion, y con la cuestion de saber si se abriria ó no la caja, la curiosidad se excitó de tal modo, que al fin se abrió por unanimidad de votos.

El pajarillo salió volando y desapareció por la ventana abierta... El despecho de la reina fué tal que quedó confusa. No sabía lo que decir al rey. Al otro dia, las damas no sabian cómo confesar su falta, y lo hicieron al cabo con mil explicaciones y excusas. Pero el rey les dijo con tono severo, aunque tenía grandes ganas de reirse :

— Si no sois capaces de guardar una caja cerrada, ¿ cómo pretendéis tomar parte en los secretos de Estado ?

Las damas se fueron más furiosas que nunca con

tra Bertoldo, pues bien reconocian su malicia en toda esta aventura. No tardaron en Luscar una nueva venganza.

— Bertoldo os desprecia, señor, dijeron al rey. Notad que nunca os saluda.

— Es cierto, dijo el rey. Amigo Bertoldo, no me saludas nunca.

Bertoldo dijo al rey mil impertinencias, pero se negó á saludarlo.

El rey no dijo nada, pero, durante la noche, hizo rebajar la puerta de su habitacion y dió orden de llamar á Bertoldo. Este vió que le sería forzoso bajar la cabeza. Adelantó empero con aire tranquilo, y volviendo la espalda al rey, se inclinó y entró hácia atras.

— ¿Quién te ha enseñado ese modo de saludar? dijo el rey.

— El cangrejo, señor, respondió Bertoldo.

El aldeano no dejaba de hacer nuevas burlas á los cortesanos, al rey y á la reina. Para corregirlo de véras, resolvieron imponerle un castigo del que se acordase siempre. La reina ordenó que, cuando cruzase por el patio de palacio, le soltasen la jauría. Bertoldo desconfiaba sin duda, pues al ver que los perros se le abalanzaban, abrió su sayo y salió una liebre sobre la que corrió la jauría entera, dejando á Bertoldo sano y salvo.

La reina, que lo habia visto todo, ordenó á los soldados que se apoderasen del aldeano, le metiesen en un saco y le echasen al agua. Bertoldo no opuso resistencia, y durante el camino convenció á los guardias de que conocia un sitio en el que habia un tesoro escondido. Los soldados sacaron del saco á Bertoldo que huyó y desapareció toda una semana. Le hicieron seguir y le hallaron ; entónces se le condenó á ser ahorcado. El buen hombre vió que se acercaba su fin y se resignó.

— Sólo pido una gracia, exclamó, es que me permitan escoger el árbol al que deban ahorcarme.

Le concedieron su peticion y partió con los soldados ; pero por más árboles que veia, ninguno le parecia bien. Al fin, consiguió escaparse, y el rey dijo que era preciso perdonarle.

Bertoldo vivió pues al lado del rey al que distrajo con su buen sentido y sus maliciosos rasgos. Lo cuidaban con mucha atencion y esmero, y esto lo perdió.

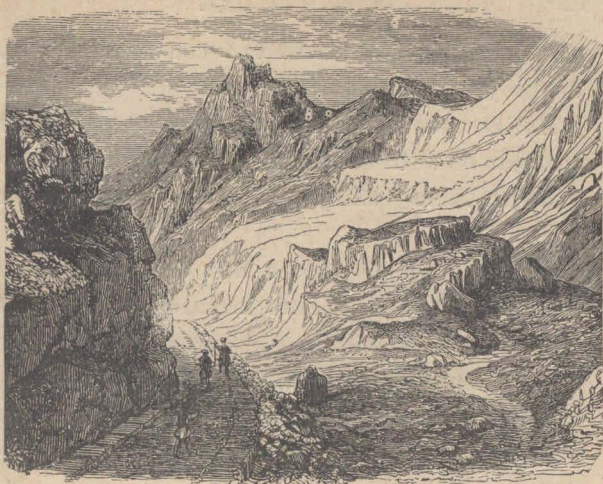
Un dia que habia enfermado, pidió un plato de judías con ajo, diciendo que era un remedio soberano. Los médicos de la corte le negaron lo que pedia y le dieron una toma de píldoras.

Bertoldo murió al dia siguiente, triste y desesperado

Le hicieron este epitafio, digno de él y de Esopo :

Yace en esta tumba oscura
Un portento de aldeano
Que, bajo bestial figura,
Tuvo un ingenio muy sano
Que le elevó á grande hombre.
¡ Bertoldo ! Tal fué su nombre.
Fué feliz, vivió con suerte,
De cien males escapó,
Y, al fin, le causó la muerte
Un plato que no comió.





LEAL Y DESLEAL

CUENTO NORUEGO

Habia una vez dos hermanos, llamado el uno Leal, y el otro Desleal. Leal era honrado y bueno para todo el mundo, pero Desleal era malo, y estaba lleno de astucia, de suerte que nadie podía creer lo que decía. Su madre era viuda y no tenía de qué vivir, y cuando sus hijos fueron grandes, se vió en la necesidad de mandarlos por el mundo para que se ganasen el

pan. Los dos recibieron un saco con algun sustento dentro y se pusieron en camino.

Habian andado todo el dia, y al ponerse el sol se sentaron en el tronco de un árbol que estaba tumbado por tierra y abrieron sus sacos para comer un bocado.

— Si sois de mi parecer, dijo Desleal, haremos bien en comer de lo vuestro miéntras haya, y luego comeremos de lo mio.

— No tengo inconveniente, dijo Leal.

Y se pusieron á comer; pero Desleal cogia los mejores trozos y dejaba lo peor á Leal que, en su bondad, se contentaba.

Á la mañana siguiente comieron aun con las provisiones de Leal y nada quedó en el fondo del saco. Despues de haber caminado todo el dia, sintieron de nuevo apetito. Leal tenía que tomar algo en el saco de su hermano, pero Desleal dijo :

— Nada de eso, las provisiones son mias y apénas tengo suficiente para mí.

— ¡ Cómo! Bien recordáis que habéis comido de lo mio miéntras ha habido, dijo Leal.

— No lo niego, que siempre confieso la verdad, respondió Desleal; pero si sois bastante loco para permitir á los otros comerse vuestra parte, eso á mí no me importa, pues ahora sólo os queda el recurso de moriros de hambre.

— Muy bien, exclamó Leal, sois tan Desleal de nombre como de carácter; así sois y así seréis mientras os dure la vida.

Cuando Desleal oyó estas palabras se enfureció, y arrojándose sobre su hermano, le arrancó los dos ojos.

— Tratad de ver ahora, ciego estúpido, si los hombres son desleales ó no lo son.

Y esto diciendo le abandonó y huyó.

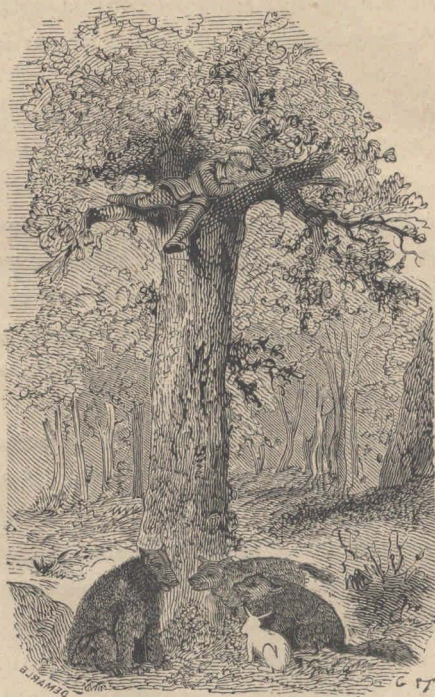
¡ Pobre Leal ! Siguió andando á tientas por el inmenso bosque. Ciego y solo, apenas sabía qué camino tomar, cuando asió de pronto el tronco de un tilo gigantesco y pensó que podría subirse á él y pasar allí la noche sin miedo á los animales selváticos.

— Cuando los pajarillos comiencen á cantar, se dijo, sabré que es de día y podré tratar de descubrir mi camino.

Luego se encaramó á la copa del tilo. Hacía poco que estaba allí sentado, cuando oyó pasos y ruido al pié del árbol; otros sujetos llegaron en seguida y Leal supo en breve que eran Moreno el oso, Patagris el lobo, Taimado el zorro, y Oidofino la liebre, que se habian reunido debajo del tilo para celebrar la víspera de San Juan. Comenzaron á beber y comer, y terminada la comida, charlaron. Al fin el zorro dijo :

— Vaya, que cada uno cuente su historieta mientras estamos juntos.

Los otros no vieron en ello inconveniente.



— Sí, será muy divertido, exclamaron.

Y el oso comenzó, pues como pensar podéis, era el rey de la compañía.

— El rey de Inglaterra, dijo Moreno, tiene la

vista tan mala que apenas ve a tres pasos de distancia; pero si viniese á este tilo, por la mañana, cuando el rocío cubre aun las hojas, se restregaria los ojos con ese rocío y recobraría su vista.

— Muy verdad es, replicó Patagris; el rey de Inglaterra tiene una hija sordo-muda, pero si supiese lo que yo sé, la curaria al momento. El año pasado fué á comulgar; dejó caer de sus labios una miga de pan y un sapo se la comió. Si se levantase el entarimado del coro de la Iglesia se encontraria al sapo, precisamente bajo el primer escalon del altar, con la miga de pan en su boca. No habria más que coger el pan, dárselo á comer á la princesa y esta hablaria y oiria como todo el mundo.

— Todo eso es cierto, dijo el zorro Taimado; pero si el rey de Inglaterra supiese lo que yo sé, no tendria tanta carestia de agua en su palacio, porque, debajo de la gran baldosa del patio, hay un manantial de agua cristalina y rica. Sólo tendrian que profundizar para hallarla.....

— ¡Oh! dijo la liebre en voz baja, el rey de Inglaterra tiene el mejor verjel de todo el país, pero apenas da la mitad de lo que puede, pues hay una cadena de oro que, bajo tierra, da tres vueltas al rededor del huerto. Si la quitasen, á fe de Oidofino, que me llamo, no habria en todo el reino verjel semejante.

— Es exacto y puedo afirmarlo, exclamó el zorro; pero, se hace tarde y haremos bien de retirarnos.

Y se fueron juntos.

Después de su partida, Leal se quedó dormido con la misma posición en que se hallaba; se despertó al rayar el alba, cuando los pajarillos comenzaron á cantar, cogió rocío en las hojas y se restregó los ojos. Al instante recuperó la vista y vió tan claro como ántes de que Desleal le arrancase los ojos.

Fué pues derecho al palacio del rey de Inglaterra, solicitó trabajo y lo obtuvo al momento.

Un día, el rey bajó á pasearse por el patio, y después de dar algunas vueltas tuvo ganas de beber y pidió un vaso de agua de la bomba, pero estaba tan turbia que no la quiso.

— No creo que nadie en el reino beba un agua peor; sin embargo, la hago traer de muy léjos, por montes y valles y canales á peso de oro fabricados, exclamó el rey.

— Cierto es lo que dice Vuestra Majestad, respondió Leal; pero si tenéis á bien darme algunos hombres para levantar esa gran baldosa, veréis salir un agua abundante y deliciosa.

El rey consintió en ello y apenas se hubo quitado la baldosa, y cabado la tierra á cierta profundidad, un chorro de agua pura y cristalina se elevó por los

aires ; no habia en toda la Inglaterra agua de tal limpidez.

El rey estaba aun en el patio de palacio cuando llegó un halcon que perseguia á la volatería del



corral, y todos los escuderos comenzaron á dar palmadas, diciendo :

— Hélo aquí, hélo aquí!

El rey tomó su arco y trató de tirar el halcon ; pero, no podia ver tan léjos y grande fué su pena.

— ¡Ah! ¡ si permitiese el cielo que se hallase un remedio para mis ojos ! Creo que no tardaré en estar ciego del todo.

— Puedo indicaros uno al momento, dijo Leal.

Y contó al rey lo que habia hecho para curar sus propios ojos. El monarca, como ya suponéis, mandó á dos mensajeros al tilo del bosque, y cuando volvieron con el rocío se restregó los ojos y se halló curado al momento.

Desde este dia, nadie fué más querido al rey que Leal; siempre le tenía á su lado, tanto en palacio como fuera.

En otra ocasion, paseando por el verjel, el rey dijo :

No puedo explicarme esto. No hay nadie en Inglaterra que gaste tanto como yo en su huerto y no tengo ni un árbol que dé lo que un manzano silvestre.

— Bueno, dijo Leal. Si cojo lo que hay ahí debajo y da tres vueltas al huerto, tendréis más fruta de la que queráis.

Consintió en ello el soberano, y Leal, con ayuda de varios hombres, cabó la tierra y acabó por sacar la cadena, hasta el último eslabon. Héte pues á Leal rico, mucho más rico en realidad que el mismo rey, pero este quedó muy contento, pues sus árboles produjeron tanto que las ramas se desgajaban con el peso de la fruta, y nadie habia probado nunca peras ni manzanas tan exquisitas.

Otro dia, el rey y Leal paseaban juntos, cuando

acertó á pasar la princesa, lo que puso muy triste al monarca.

— ¿No es lástima que una princesa hermosa y garbada como mi hija sea sorda y muda?

— Remedio hay para eso, dijo Leal.

El rey quedó tan seducido que le prometió la mano de su hija y la mitad de su reino como dote, si podía curarla por completo. Leal tomó dos hombres, fué á la iglesia, mandó levantar el primer escalon del altar, sacó el sapo que allí se encontraba, lo cortó en dos y hallando la miga de pan la dió á comer á la princesa que desde aquel instante oyó y habló como todo el mundo.

Leal obtuvo pues por esposa á la princesa y se prepararon fiestas como nunca se habian visto otras en el país.

Á lo mejor del baile de bodas, se presentó un mendigo que pidió un poco de pan. Estaba tan haraposo, tan miserable que todos se alejaban; pero Leal lo reconoció; era su hermano Desleal

— ¿Me reconocéis? le preguntó.

— ¡Oh! ¿cómo un hombre como yo puede haber conocido nunca á un tan gran señor?

— Sin embargo, me habéis conocido, dijo Leal. Á mí me arrancasteis los ojos cierto dia. ¡Desleal de nombre, desleal de carácter! dije entónces, y lo repito. Pero siempre sois mi hermano y tendréis de

qué comer. Despues, podéis ir al tilo en que me recogí el año pasado y si oís algo que pueda seros favorable, seréis ménos desgraciado.

Desleal no esperó más.

— Si Leal ha obtenido ser rey de média Inglaterra



durmiendo en el tilo, ¿ qué no puedo esperar yo ?

No hacía mucho que estaba encaramado en el tilo, cuando llegaron los animales y, como la vez primera bebieron y comieron, celebrando la velada de San Juan. Despues de la colacion pidió el zorro

que se contasen historietas. Desleal se disponia á escuchar con todos sus oídos, pero Moreno el oso estaba furioso, y dijo :

— Alguien ha divulgado lo que contamos el año



pasado ; esta vez debemos callar sobre lo que sabemos de nuevo.

Y los animales se dieron las buenas noches y se fueron.

Desleal quedó pues lo mismo que ántes ; pobre é ignorante ; y era justicia del cielo puesto que era tan desleal de nombre como de carácter.



LA CAMISA DEL HOMBRE FELIZ

CUENTO ITALIANO.

Un sultan estaba enfermo y nadie sabía la causa de su mal. Todos los remedios eran impotentes contra la negra melancolía que le devoraba. En vano la facultad de medicina preparó píldoras é hizo acopio de drogas ; en vano se presentaron innumerables charlatanes dándose ínfulas de sabiduría.

Se inventaron mil distracciones ; se llamaron há-

biles actores que dieron magníficas comedias, se multiplicaron todos los géneros y todos los medios de solaz y placer sin conseguir hacer sonreír si quiera al sultan.

No habiendo nada que hacer se convocó la asamblea de los magos segun se acostumbra en estas circunstancias. Se presentaron muchos personajes de cara seria y cráneo calvo, con barba luenga y tardo paso. Cada uno dió un consejo diferente, pero ninguno halló modo de distraer á su señor.

Empero, el venerable Abu-Meleck se levantó y anunció que iba á tomar la palabra. Era un hombre tan respetado que todos callaron y aplicaron el oído.

— Yo solo, dijo, puedo indicar el remedio que se busca, y hélo aquí: el sultan no podrá recuperar su buen humor perdido sino poniéndose la camisa de un hombre feliz. Este es el único medio de disipar la melancolía que le abrumba, y cualquiera que le proponga otra cosa, abusa de su confianza.

El sultan ordenó que se pudiesen á buscar por todas partes la camisa en cuestion. Quería ponerse la cuanto ántes y ofrecia al que la descubriese el cargo de sátrapa en su propia corte.

Todo el mundo quedó atónito y se habló mucho de esto. ¿ Quién descubriría la camisa. ? ¿ En dónde se hallaba ?

Se buscó primero en los alrededores de Ormos y no se halló ningun hombre feliz. Los sátrapas y los bajáes registraron en seguida el Asia del este al oeste y de mediodía al septentrion. Visitaron todo el Oriente ; recorrieron la Persia y la Judea, la



Arabia y la Armenia. Sólo hallaron monarcas orgullosos y cortesanos ávidos, avaros que amontonaban riquezas y eran pobres, derviches que se odiaban á muerte, grandes altivos de su prosapia y esclavos de su vanidad ; en fin, personas que buscaban la felicidad sin encontrarla.

Cada vez que creían haber dado con un hombre feliz, le suplicaban se quitase la camisa. ¡ Cuántas veces sucedió que los que parecían arrogantes de su belleza ó de su fuerza, eran en realidad bastante feos ó bastante débiles ! Cuando estaban desnudos, notaban todas las fealdades que disimulan un rico traje ó un aire de satisfaccion.

— ¡ Vaya ! decían los embajadores del sultan, Abu-Meleck, con toda su ciencia no es un oráculo. Volvémonos á la capital sin buscar más.

Regresaron, y al atravesar un campo, vieron un pastor sentado bajo un árbol que tocaba el caramillo, miéntras que dos pastoras tejían á su lado cestos de mimbre. El perro se hallaba á los piés de su amo. En las cercanías todo parecia tranquilo y el eco repetía los melodiosos acordes del pastor.

— Decidme, murmuró en voz baja uno de los embajadores, ¿ no sería ese el hombre feliz ? Su alegría parece pura y sincero su contento.

Los bajáes permanecieron en silencio, contemplándole.

— ¿ Es posible ? dijo uno de ellos. Ese miserable tiene el aspecto más contento que un patricio.

— Amigos míos, dijo otro, confieso que su alegría me sorprende. Es pobre y creo en verdad que no es desgraciado. ¡ No lo entiendo !

Cuando hubieron reflexionado y filosofado á su

sabor, uno propuso interrogar á los pastores y saber si eran felices. Se acercaron y los pastores, que se habian puesto á bailar, se detuvieron.

— ¿ Por qué os paráis ? les dijeron ; no queremos turbar vuestros inocentes placeres ; sólo queremos saber lo que tanto os alegra.

— Nada sucede hoy de extraordinario, respondieron. Tenemos la costumbre de bailar para terminar el dia. Somos pobres, pero somos libres y vivimos contentos de nuestro síno. Yo que os hablo soy el hijo de aquel anciano pastor que allí veis, y las pastoras que tengo al lado son, una mi hermana, otra mi esposa.

— ¿ Y nada deseas, nada te falta ?

— No, tengo mi trabajo y me basta con eso.

— En ese caso, ¿ eres feliz ?

— Me lo da el corazon.

Al momento se arrojaron sobre él y le arrancaron el sayo que llevaba.

— ¡ Al asesino !... ¡ Socorro !... gritó el pastor.

Toda la familia gritó con él.

— No tengas miedo, decian los bajaés ; sólo queremos tu camisa y te daremos por ella todo el dinero que pidas.

Al oir esto, el pastor abrió unos ojos tamaños, sin responderles, y pareció muy sorprendido, pues nunca habia llevado camisa.

Por más que los bajáes le desnudaron y examinaron, el hecho fué evidente. El pastor no tenía camisa.

Los embajadores volvieron á Ormos con la cabeza



baja, y cuando les preguntaron el resultado de sus excursiones respondieron :

— ¡ Ay ! los que llevan camisa no son felices, y los que son felices no llevan camisa.





LA CONCHA DE ORO

CUENTO GRIEGO

Érase una vez un pescador. Un día que recorría la ciudad vendiendo su pesca, un judío se acercó á él y le preguntó :

— ¿ Cuánto quieres por tu pescado ?

Y el otro respondió riendo :

— Quiero tanto como vale.

Entonces el judío dijo :

— Cien duros.

— Quiero tanto como vale, replicó el pescador.

El judío ofreció doscientos duros. Sin vacilar el pescador tomó los doscientos duros y dió sus pesca-

dos. Pero, ántes de que se fuese, el judío le dijo :

— Cuando tengas nueva pesca, tráemela.

Al dia siguiente el pescador llevó todo cuanto habia pescado al judío que le preguntó de nuevo :

¿ Cuánto quieres por tu pescado ?

Y de nuevo el pescador, riendo, dió la misma contestacion que la víspera. El judío le ofreció cien duros, doscientos, quinientos, en fin mil ; pero el pescador respondia invariablemente :

Quiero tanto como vale.

El judío acabó por ofrecer cinco mil duros. Entónces el jóven cedió, y el judío le contó el dinero diciéndole :

— Cuando cojas pescado, tráemelo.

El judío tenia una razon para pagar el pescado á tan exorbitante precio, y es que sabia que contenia diamantes.

Al otro dia, el pescador pescó una hermosa palamida y se dijo :

— Esta no será para el judío sino para mí ; me regalaré una vez.

Ahora bien, halló en el vientre del pescado una concha de oro. La puso á un lado y convidó á dos amigos á comer. Al principio de la comida hebian el vino en los vasos ; pero, á los postres, el pescador sacó la concha y la llenó de vino. Una vez que hubo vaciado el vino, la concha se llenó de monedas de

oro. Vacío el oro por el suelo á sus piés y pasó la concha á los otros, produciéndose igual fenómeno.

El pescador comprendió que era un hombre rico, y como tenía mucha afición á la música, se distrajo tocando la cítara, y llegó á tocar tan bien que los que le escuchaban se conmovían profundamente.



Luego compró gran número de mercancías y almacen de su país. Llegado á otro reino abrió un almacén delante del castillo del rey.

Este rey tenía una hija de una hermosura maravillosa. Un día que daba una fiesta en sus jardines, fuera de la ciudad, y que su hija se había quedado en palacio, el pescador tomó su cítara, un frasco de

vino y su concha de oro ; luego, entrando en el jardín de palacio, se sentó delante de la ventana de la princesa y dejó oír unos acordes deliciosos.

La princesa, llena de curiosidad, se asomó á la ventana para ver quién tocaba tan primorosamente la cítara. Vió á un jóven encantador que bebia vino en una concha de oro, y que volcando esta, como para dejarla gotear, hacía caer una lluvia de monedas.

Bajó entónces, se acercó al músico y le dijo :

— ¿ Quieres darme esa concha ?

— Te la daré, respondió él, si quieres ser mi esposa.

La princesa consintió en ello y fué á decir á su padre que queria casarse con un músico. El rey se encolerizó y la arrojó del palacio.

Ella corrió á casa del pescador; se casaron, fueron á otro país y vivieron en él cinco años, muy felices.

Pero, la princesa se consumia por no ver á su padre. Un dia se puso en camino con su marido para ver lo que hacía el rey.

No se presentaron desde luego en palacio ; se aparearon en una casa cercana que amueblaron con gran lujo, y para no ser reconocida, la princesa se disfrazó de hombre.

Tan luego oyó hablar el rey de los ricos extranjeros

los convidó á comer. Durante la comida se bebió en las copas ; luego el pescador sacó su concha, la vació y derramó monedas de oro ; la pasó á los convidados, que hicieron otro tanto ; á la quinta vuelta, delante de cada huésped habia un monton de dinero.



El rey conservó el recuerdo de la concha de oro. Preguntó al visir :

— ¿ Te ha gustado esa concha ?

— Si tuviese esa concha, ¿ para qué querria el reino ?

El deseo de poseer la concha atormentaba al rey, que dió pasos cerca del supuesto extranjero. Su hija le contestó.

— Te la daré solamente, si me haces un favor.

El rey no deseaba otra cosa; fueron á una estancia alejada y allí, la jóven se dió á conocer á su padre.

— Me echastes á mí, tu hija, le dijo con tono de afectuoso reproche, porque habia obedecido al impulso de mi corazon; ahora, me recibirás.

El rey que hallaba á un tiempo, su hija, su yerno y la concha encantada, no cupo en sí de júbilo, y les dió su corona y su reino.





LA VIÑA Y LAS VENDIMIAS

¿Qué es lo que veo allá abajo? No es una pradera, porque no hay ni yerba ni flores. No es un campo de trigo, porque no hay espigas que se balanceen en la punta de sus tallos; no : son pequeños arbustos, cubiertos de hermosas hojas mezcladas con pámpanos, que, verdes en un principio, se vuelven después amarillentas y rojizas. Debajo de esas hojas cuelgan hermosos racimos de granos, cuyo color dorado ó de un negro rogizo regocija y alegra la vista. Cono-

céis bien esos hermosos racimos y el arbusto que los produce; pues bien, esas magníficas frutas son las uvas y ese arbusto es la cepa.

¿Quién ha creado estas cepas? ¿Quién las ha hecho producir esos racimos de uvas? Dios es quien ha hecho todo esto y el que nos da siempre lo que es bello, lo que es bueno.

Pues veamos ahora lo que los hombres hacen con las uvas y con las viñas.

En primer lugar ha sido preciso el plantar las cepas para formar la viña; luego cuando aquellas están arraigadas, ha sido necesario cavar la tierra alrededor y arrancar las malas yerbas: cuando ya las cepas han crecido ha sido necesario el poner estacas para sostener las ramas largas de manera que no toquen la tierra, y que las uvas cuando empiezan á formarse puedan recibir el aire, la lluvia y el sol.

Estas estacas, sujetas y entrelazadas con otras en su parte superior, forman lo que se llama un emparado, porque á las cepas se les da tambien el nombre de *parra*, así como se da el nombre de viñedo á los campos plantados de viñas. Cuando los granos han engordado y están maduros, vienen los vendimiadores, y los vendimiadoras cortan los racimos con unas navajitas encorvadas ó con grandes tijeras y los van echando en cuévanos y despues los llevan al lagar. Allí se los mete en prensa para que suelten

el jugo que contienen, que se llama *mosto* y es muy azucarado. En seguida se lo llevan á las cubas que están en la bodega en las cuales fermenta y se transforma en vino.

Mientras que el mosto está fermentando en las cubas es muy peligroso el acercarse á ellas ni entrar en la bodega, porque se desprende de sus bocas un gas carbónico, especie de vapor que llaman *vaho*, cuya aspiracion puede causa la muerte, como les ha sucedido á muchos niños y á muchos hombres imprudentes, que no conocian el peligro y que han muerto de esta manera.

Cuando el mosto ha dejado de fermentar, se halla hecho el vino, el cual suele trasegarse á otras cubas, ó bien se pone en botellas; pero es preciso, niños mios, el abstenerse de beber de este licor en gran cantidad, porque si bien fortifica y alimenta, cuando se usa de él con moderacion y prudencia, cuando se bebe en demasía se *sube á la cabeza*, embriaga, hace perder la razon y el sentido, y pone al hombre en un estado de incapacidad y de embrutecimiento que le hace ser el ludibrio de sus semejantes.

Así, pues, niños, alabemos á Dios que es el autor y criador de todas estas cosas buenas, y nos las da para que las gocemos, pero para que no abusemos de ellas.

INDICE

	Página.
LA NINFA DE LAS AGUAS.....	7
BERTOLDO.....	45
LEAL Y DESLEAL.....	61
LA CAMISA DEL HOMBRE FELIZ..	73
LA CONCHA DE ORO.....	79
LA VIÑA Y LAS VENDIMIAS.....	85



